

(Transcripción)

Roma, Campidoglio, 22 de enero de 2000

### **La aportación del Movimiento de los Focolares a la ciudad**

Del discurso en ocasión de la concesión de la Ciudadanía honoraria de Roma

(...)

Desde hoy, pues, soy ciudadana romana.

(Aplausos)

Indudablemente me siento pequeña e insignificante ante esta ciudad que no sé cómo definir, por lo especial que es, con un caudal inmenso de historia, de arte y de cultura, de bendiciones, porque contiene, como un valioso cofre, el corazón propulsor de la vida cristiana universal.

Me siento insignificante ante algunas personalidades que me han precedido en esta alta distinción, aunque sé que es sobre todo ese don de Dios, ese carisma y, con él, el Movimiento de los Focolares que de él nació, los que han atraído la atención de los administradores de Roma.

De todas maneras, Madre Teresa de Calcuta, gran amiga mía, galardonada merecidamente con la ciudadanía romana, sé que está aquí, a mi lado.

(...)

Es (...) desde 1949 que yo, nosotros, miembros del Movimiento de los Focolares, estamos presentes en Roma. Un artículo mío de aquel entonces (...) para el periódico “La Vía”, dirigido por el entonces diputado Igino Giordani, con el título: “Resurrección de Roma”, recordado ahora por los focolarinos, decía claramente cómo había encontrado, entonces, esta ciudad. Empezaba más o menos así: “Si miro Roma como hoy se presenta, veo a mi Ideal (que es difundir el fuego del amor de Cristo en el mundo) lejano, como lejanos son los tiempos en los que los grandes santos y los grandes mártires iluminaban, con una luz eterna, incluso los muros de estos monumentos que todavía hoy se alzan como testigos del amor que unía a los primeros cristianos. Y hoy – concluyo, ahora -, en fuerte contraste con aquellos tiempos, el frío y el mundo la dominan”.

Y manifestaba el fuerte deseo de contribuir con sus responsables y con los demás grupos y Movimientos suscitados por Dios, a la difusión del fuego del amor divino en sus casas, en las calles, en sus lugares de estudio y de trabajo, en el Parlamento, en todas partes.

Pienso que la mía era como se expresa ahora, una especie de “vocación dentro de mi vocación” más amplia, la de contribuir con la Iglesia a realizar en nuestro planeta la unidad, el “que todos sean uno” de Jesús. De hecho, hubiera querido, en aquellos años, que muchas de nuestras fuerzas se gastaron para difundir en Roma el fuego del amor. Pero el designio que Dios nos reservaba era entonces otro. De una Obra de Dios el proyecto está en el cielo, como la partitura de una música, que luego se ejecuta en la tierra. Y el querer de Dios, en estos muchos años (...) era el de difundirnos en todo el planeta y tejer una red de amor entre personas de muchas naciones, de distintas razas, de todas las lenguas, de cualquier denominación cristiana, que tiene en común con nosotros el bautismo, y de varias religiones, teniendo muy en cuenta la llamada “Regla de oro”, semilla del Verbo, presente, además que en el Evangelio, en los libros sagrados de las más importantes religiones del mundo y que dice: “Haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti” o bien, “no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti”. Ambas son sinónimos de: ama, ama a tu prójimo.

Y Dios nos empujaba a tejer una red de amor también con personas de todas las convicciones, quizás sin un punto de referencia religioso, hombres y mujeres de buena voluntad, que trabajan para salvaguardar los valores humanos en sí mismos y se esfuerzan para que se apliquen en la sociedad. Así se ha visto nacer, desarrollar y difundir “un pueblo” (...) - como al Santo Padre le gusta considerar y llamar a nuestro Movimiento, comparándolo con algunas naciones que tienen, más o menos, el mismo número de

personas - en todas las naciones, silencioso, pero decidido a vivir a fondo el Evangelio y a inundar con su luz y con su fuerza todos los ámbitos de la vida humana: desde el político al económico, del cultural al artístico, del educativo al de la medicina, del derecho, etc. Y todo esto para contribuir a edificar en el mundo, con la fraternidad universal, una nueva civilización, la civilización del amor.

Pero Roma, por cierto, no se ha detenido. Con los años he podido ver como esta ciudad resurgía y volvía a brillar con su característico esplendor: resurgía paso a paso, por los esfuerzos hechos en cada ámbito, en cada barrio, bajo todos los aspectos, gracias a autoridades civiles dignas y competentes, y por el esfuerzo de muchas autoridades religiosas, santas y llenas de entusiasmo, que han animado cada vez más intensamente a sus comunidades; y de muchos romanos, protagonistas, también ellos, de su propia renovación. De modo que Roma hoy no se reconoce, de un modo especial, por el esmero con que ha sido embellecida exteriormente, para alegría de los muchos peregrinos del mundo que la visitan y la visitarán en este año jubilar.

Claro que, como en todas las cosas de esta tierra, las sombras no pueden faltar y siempre se puede añadir algo más, para responder a las nuevas situaciones, a los nuevos problemas que el desarrollo de la convivencia crea, para dar un nuevo toque a su rostro inconfundible.

Por esto quisiera que el acontecimiento de hoy, que concierne al Movimiento de los Focolares y mi persona, le correspondiera un compromiso por parte nuestra: dedicarnos de ahora en más a esta ciudad más y mejor. Desearía potenciar en ella lo que puede ofrecer nuestro carisma: el amor, la unidad, la unidad entre todos, en todas partes. Quisiera que, a través del ejemplo y la palabra, se comunicara a muchos el “saber amar” porque, como dice un pensador: “Amar es bueno; saber amar es todo”<sup>1</sup>. Sí, “saber amar”, porque el amor cristiano es un arte y es necesario conocer este arte.

Un gran psicólogo de nuestro tiempo ha dicho: “Nuestra civilización raramente trata de aprender el arte de amar y, a pesar de la desesperada búsqueda de amor, todo lo demás es considerado más importante: éxito, prestigio, dinero, poder. Casi todas nuestras energías son usadas para alcanzar esos objetivos y casi ninguna para conocer el arte de amar”<sup>2</sup>.

El verdadero arte de amar nace todo del Evangelio de Cristo. Este es el primer imprescindible paso, que podemos dar, para poder desencadenar la revolución pacífica, pero tan incisiva y radical que cambia todas las cosas; es el secreto de la revolución que permitió a los primeros cristianos invadir el mundo entonces conocido. Se trata de un arte fatigoso, con fuertes exigencias. Recordándolo hoy, quisiera ponerlo a su atención, señoras y señores, como un pequeño don, como una pequeña flor, porque si lo desean, podemos ayudarnos a difundirla y así Roma llegue a ser para el mundo ese brasero de fuego y de luz que no puede dejar de ser si debe cooperar a difundir en él la unidad.

Es un arte que requiere que se supere el restringido horizonte del amor simplemente natural dirigido, a menudo, casi únicamente a la familia y a los amigos. Este amor va dirigido a todos: al simpático y al antipático, al guapo y al feo, al de mi patria y al extranjero, al de mi religión y al de otra, al de la mía o de otra cultura, amigo, o adversario o enemigo que sea. Es necesario amar a todos igual que hace el Padre del Cielo que manda el sol y la lluvia sobre los buenos y los malos.

Es un amor que empuja a ser el primero en amar, siempre, sin esperar ser amado: como hizo Jesús que, cuando todavía éramos pecadores y, por tanto, no amábamos, dio la vida por nosotros.

Es un amor que considera al otro como a sí mismo, que se ve a sí mismo en el otro. Decía Gandhi: “Tú y yo somos una sola cosa. No puedo hacerte daño sin herirme”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> F. Chateaubriand, en *Aforismos y citas cristianas*, Casale Monferrato 1994, p. 17.

<sup>2</sup> E. Fromm, *El arte de amar*, Milán 1971, p. 18.

<sup>3</sup> Cf Wilhem Muhs, *Palabras del corazón*, Milán 1996, p. 82.

Este amor no es cuestión sólo de palabras o de sentimientos, es concreto. Exige que nos hagamos uno con el otro, que “se viva” de alguna manera “el otro” en sus sufrimientos, en sus alegrías, en sus necesidades, para comprenderlo, para poderlo ayudar eficazmente.

Este arte quiere que se ame a Jesús en la persona amada. Aunque esté dirigido a ese hombre, o esa mujer en concreto, Jesús, en efecto, considera hecho a Él cuanto de bueno o de malo se les hace. Lo ha dicho y lo ha repetido, hablando de la grandiosa escena del juicio: “A mí me lo hiciste, A mí me lo hiciste” (cf. *Mt 25, 40*).

En fin, este arte de amar vivido por varias personas lleva al amor recíproco: en familia, en el trabajo, en los grupos, en la sociedad; amor recíproco, perla del Evangelio, “mandamiento nuevo” de Cristo, que construye la unidad.

Excelencias, señoras, señores, amigos, si todavía no lo hubiera hecho que el Señor nos encienda a todos con el verdadero amor. Es lo más valioso. Sin ello todo pierde sentido, incluso saber la lengua de los ángeles – como dice Pablo -, incluso dar todo a los pobres, incluso dar el cuerpo a las llamas.

El amor es la vida del mundo. Arde en nosotros el deseo de que, quien mire a Roma, pueda decir de sus ciudadanos lo que se afirmaba de los primeros cristianos: “Mira como se aman y los unos están dispuestos a morir por los otros”<sup>4</sup>. Con palabras como éstas, vividas, nuestra ciudad se podrá coronar con la aureola más apropiada a su altísima vocación. Y gracias a este extremo y radical amor podrá ser luminosa testigo de Aquel que sólo la puede realizar plenamente en un plano espiritual y, porque es Hombre y no sólo Dios, también – a través de sus hijos – en un plano humano y social.

Gracias señor alcalde, gracias a las autoridades civiles y religiosas, gracias a todos los presentes, gracias a todos los presentes por este día y por este regalo, que me y nos entregan. Que el Señor nos haga dignos de corresponder al mismo.

(Aplausos).

(Saludo al grupo del Movimiento en la plaza)

Queridísimos todos, un agradecimiento por haber venido y estáis aquí al frío, no obstante el frío.

Naturalmente hoy es un día de fiesta, es una alegría en la gran alegría de Jubileo. Nos la ha ofrecido esta ciudadanía honoraria, que me la han dado a mí, pero vosotros sabéis que ha sido donada, prácticamente al carisma – y por lo tanto es un don del Espíritu Santo – y a nuestro Movimiento del cual vosotros hacéis parte o que de todos modos, a los que ha llegado algún rayo de este carisma. Por esto yo la siento una ciudadanía incluso un poco colectiva.

Debemos dar gracia a Dios y estar realmente dispuestos... (aplausos).

Debemos dar gracia a Dios y estar realmente dispuestos a corresponder con toda nuestra vida, también en favor de esta ciudad, done yo, lo he dicho claramente delante de todos, me he comprometido en trabajar más y mejor. Naturalmente usando de vuestro que estáis aquí en Roma.

‘Ciao’ a todos. ‘Ciao’. (Applausi)

---

<sup>4</sup> Tertuliano, *Apologetico*, texto latino, traducción y notas de Anna Resta Barrile, Zanichelli, Bolonia 1980, cap. 39, 7, p. 145.